

Selección de artículos de

LE MONDE
diplomatique

CON ALLENDE EN EL CORAZÓN

Baltasar GARZÓN, Régis DEBRAY,
Carmen CASTILLO, José BENGUA,
Manuel Antonio GARRETÓN, Mario AMOROS,
Álvaro RAMIS y Ximena VALDÉS

Editorial AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS

La editorial Aún Creemos en los Sueños

publica la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*

Director: Víctor Hugo de la Fuente

Suscripciones y venta de ejemplares:

San Antonio 434, local 14, Santiago.

Teléfono (56) 22 608 3524

E-mail: edicion.chile@lemondediplomatique.cl

www.editorialauncreemos.cl

www.lemondediplomatique.cl

Copyright 2023, Editorial aún creemos en los sueños

Primera edición: noviembre 2023

ISBN: 978-956-340-206-3

Índice

Salvador Allende en la Historia por Mario Amorós	5
La batalla por la memoria por Carmen Castillo	11
Allende por Régis Debray	18
Todo lo que debemos a Allende por Álvaro Ramis	21
Del agrarismo a la autonomía por José Bengoa	26
El escenario bipolar que enfrentó Allende por Manuel Antonio Garretón M.	33
Tiempos de feminismos por Ximena Valdés S.	39
En el ojo del huracán por Baltasar Garzón Real	49

Su obra y su conducta democrática
han derrotado el paso del tiempo

Salvador Allende en la Historia

por Mario Amorós*

Salvador Allende es una personalidad política singular en el siglo XX. Nacido el 26 de junio de 1908 en Santiago, en el seno de una familia acomodada, nieto de un médico ilustre y progresista, Ramón Allende Padín, descendiente de aquellos tres hermanos Allende Garcés que combatieron por la independencia nacional e incluso con Bolívar, se aproximó a las ideas revolucionarias siendo un muchacho, guiado por un carpintero anarquista de origen italiano, Juan Demarchi, en aquel Valparaíso de mediados de los años 20.

Después de realizar el servicio militar de manera voluntaria, ingresó en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile en 1926 y pronto, en el contexto de la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo, asumió un compromiso con la causa democrática como miembro de la Federación de Estudiantes y posteriormente como militante del Grupo Avance. En 1933, un año después de licenciarse como médico cirujano, participó en la fundación del Partido Socialista, una fuerza heterodoxa por su adscripción al marxismo y su distanciamiento tanto de Moscú como de la Segunda Internacional. Su carrera fue ciertamente meteórica, ya que en marzo de 1937, a los 28 años, fue elegido diputado y en septiembre de 1939 fue designado

*Doctor en Historia y periodista. Su último libro es *Salvador Allende. Biografía política, semblanza humana* (Ediciones B). Artículo publicado en la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*, septiembre 2023.

ministro de Salubridad en el Gobierno del Frente Popular por el presidente Pedro Aguirre Cerda.

Fue en los difíciles años 40, un periodo de divisiones ásperas en el socialismo chileno, atravesadas también por la situación internacional (la Segunda Guerra Mundial, el inicio de la Guerra Fría), cuando empezó a plantear el proyecto que encabezaría a partir de 1951: la alianza entre el Partido Socialista y el Partido Comunista para conquistar la presidencia de la República y desarrollar un programa de transformaciones profundas que superaran el capitalismo. En ningún otro país del hemisferio occidental socialistas y comunistas trabajaron y lucharon unidos durante tanto tiempo y Allende, senador desde 1945, contribuyó de manera decisiva a articular esa confluencia, que resistió las derrotas 1952, 1958 y 1964 y, al mismo tiempo, fue creciendo hasta alumbrar un impresionante movimiento político, social y cultural en torno a la Unidad Popular.

En una época marcada por la Revolución Cubana y la agresión abierta (Guatemala, 1954; Cuba, 1961; República Dominicana, 1965) o encubierta (Brasil 1964) de Estados Unidos a diferentes países en su cruzada anticomunista, Allende defendió que en Chile era posible construir el socialismo a partir de la institucionalidad vigente y evitando el enfrentamiento cruento entre clases sociales. El 4 de septiembre de 1970, alcanzó la victoria con el 36,2%, en una coyuntura en la que la derecha se había quedado aislada y la Democracia Cristiana, el otro vértice del «triángulo» político, había presentado un candidato de su fracción progresista, Radomiro Tomic, y un programa similar en varios aspectos relevantes.

En las semanas posteriores, la dirección de la DC reconoció su triunfo y rechazó pactar con la derecha en el Congreso Nacional para impedir su investidura y elegir a Jorge Alessandri, quien había quedado segundo en las urnas. El acuerdo entre la izquierda marxista y el centro socialcristiano, plasmado en el denominado Estatuto de Garantías Democráticas, franqueó a Salvador Allende las puertas de La Moneda.

Por su parte, las Fuerzas Armadas se mantuvieron al margen de la contingencia y el alto mando del Ejército desoyó los mensajes incesantes, más o menos velados, que procedentes de la derecha, el sector afín al presidente Eduardo Frei y la CIA les instaban a impedir la llegada de la UP al poder. El comandante en jefe del Ejército, el general René Schneider, pagó con su vida su respeto irrestricto de la Constitución. La *vía chilena al socialismo*, uno de los proyectos políticos más fascinantes del convulso siglo XX, concitaba ya la atención del mundo.

Bloques antagónicos

De inmediato, el Gobierno de la Unidad Popular desplegó su programa. Había llegado el momento largamente esperado por la izquierda y en un país con un sistema político marcadamente presidencialista fue posible desarrollarlo sin grandes complicaciones durante el primer año. Inicialmente, además, se mantuvo el diálogo entre Allende, la UP y la Democracia Cristiana y ello hizo posible que prosperara la reforma constitucional para la nacionalización de las minas de cobre, la gran riqueza natural del país y su principal fuente de ingresos.

El presidente confiaba en que perdurara este entendimiento, pero el asesinato del dirigente demócratacristiano Edmundo Pérez Zujovic el 8 de junio de 1971 por un grupo ultraizquierdista, posiblemente manipulado, modificó el escenario y empezó a abrir un abismo entre la izquierda y el centro. A pesar de la oposición de la dirección de su propio partido, el Socialista, y de otras fuerzas a un entendimiento estable con la Democracia Cristiana, Salvador Allende buscó en diferentes momentos, y hasta el final, un acuerdo, primero para despejar de obstáculos el tránsito hacia el socialismo; en el invierno austral de 1973 para preservar la democracia.

Fue en junio de 1972 cuando estuvo más próximo, pero entonces el peso del sector más conservador ya era decisivo

en la DC, que se alineaba de manera definitiva con la derecha. El paro patronal en octubre de aquel año terminó de dividir al país en dos bloques antagónicos y las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, en las que la Unidad Popular aumentó su apoyo electoral, mantuvieron el empate político entre el Congreso Nacional, dominado por la oposición, y el Gobierno.

El 22 de agosto, la mayoría antisocialista de la Cámara de Diputados aprobó una declaración que constituyó un llamamiento abierto al golpe de Estado. Y veinticuatro horas después, el comandante en jefe del Ejército, el general Carlos Prats, tras sufrir una larga campaña de asedio psicológico, presentó su dimisión al presidente Allende, quien designó al general Augusto Pinochet al frente de la más importante de las tres ramas de las Fuerzas Armadas. Con un discurso centrado en la soberanía nacional, el Gobierno había intentado incorporar a las instituciones armadas al proceso de transformaciones, respetando su independencia política; incluso, en sus discursos, de manera recurrente Allende ensalzaba su carácter profesional y su supuesta excepcionalidad en un subcontinente donde los cuartelazos estaban a la orden del día.

Los planes de defensa de la democracia ante una amenaza golpista cada vez más evidente pasaban, necesaria y principalmente, por la lealtad de un sector de las Fuerzas Armadas. Desde mayo de 1973, Allende y el Partido Comunista advirtieron del peligro de una guerra civil, posibilidad que también admitían, y previnieron, los oficiales y los civiles involucrados en la conspiración que condujo al 11 de septiembre.

Aquella mañana, el presidente Allende tenía previsto convocar al país a un plebiscito. Para conjurar el peligro de un enfrentamiento violento, iba apelar a la voluntad democrática de la ciudadanía, aun siendo consciente de la posibilidad cierta de una derrota en las urnas que pondría fin al proyecto político al que había consagrado un cuarto de siglo de su vida. Su resistencia en La Moneda condenó para siempre a los facciosos.

Los mil días de la UP

El Gobierno de la Unidad Popular recuperó para Chile las grandes minas de cobre y profundizó la reforma agraria hasta erradicar el latifundio; nacionalizó la banca y los grandes monopolios industriales; desarrolló una política social avanzada, con el reparto de medio litro de leche diario a todos los niños y niñas como una de las medidas más emblemáticas; abrió paso a la participación de la clase obrera en la dirección de la economía; desplegó una política integral en áreas como la salud y la educación; promovió una gran obra cultural, con la Editora Nacional Quimantú como uno de sus mascarones de proa; favoreció el protagonismo histórico de «los de abajo», que demostraron una conciencia revolucionaria y una capacidad de organización y resistencia heroicas en momentos tan duros como octubre de 1972; y desarrolló una política internacional ejemplar en el mundo de la Guerra Fría, que convirtió a Allende en uno de los líderes del Tercer Mundo. Durante aquellos *mil días* (1.044 exactamente), el pueblo chileno trabajó y luchó, con las armas de la democracia, para construir una sociedad más justa, más igualitaria y más participativa.

Tuvieron enemigos poderosos, dentro y fuera de las fronteras nacionales. No solo el Gobierno de Richard Nixon y Henry Kissinger, no solo los generales que traicionaron la Constitución. También aquella trama civil, que, desde el fascismo de Patria y Libertad a la derecha oligárquica del Partido Nacional, la dirección de la Democracia Cristiana presidida por Patricio Aylwin en 1973 y las organizaciones empresariales, preparó las condiciones políticas y sociales precisas para la sublevación militar.

Las estremecedoras imágenes del bombardeo de La Mónica, la belleza y el dramatismo de sus últimas palabras a través de Radio Magallanes y su muerte en defensa de un siglo y medio de desarrollo democrático de Chile otorgaron al nombre de Salvador Allende una dimensión universal: es sinónimo de

valores como democracia, justicia social, pluralismo, derechos humanos, libertad, socialismo. Su memoria, y la de la Unidad Popular, ha derrotado al paso del tiempo. ■

Septiembre de 2023

La batalla por la memoria

por Carmen Castillo*

La historia no está jamás saciada, no deja de llamar a lo que pereció inacabado. Es sin duda esto lo que le da a nuestra relación con el pasado ese toque especial.

La historia convoca lo inacabado como la señal de la más grande injusticia, la más insoportable, frente a la cual no queremos sacar conclusiones, sino, en los más lúcidos, una cierta rabia. Es el tiempo de los espectros, un tiempo mezclado con un tiempo detrás de su tiempo donde se forma una presencia en miles de sensaciones que comienzan a moverse como las hojas sacudidas por el viento de los recuerdos: es el tiempo de los fantasmas.

(Charles Péguy)

Atardecer, estrecha terraza de un departamento en el barrio La Chapelle. La copa de los árboles y sus ramas densas se mecen con el viento y dibujan siluetas sobre el largo muro azul mexicano. Alrededor de una mesa, cuatro amigas, viejas miristas franco-chilenas, unidas, herida con herida, fragilidad con fragilidad, alegría con alegría, retomamos la conversación allí donde se había interrumpido, desafiando distancias y silencios. En el flujo de resplandores del ayer que aclaran la noche, el músculo de la memoria activado por la confianza, al compartir dudas y preguntas, vamos interrogando vivencias, pensamientos de nuestra juventud. Es agosto de 2023, se van

*Cineasta. Artículo publicado en la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*, septiembre 2023.

a cumplir 50 años del golpe civil-militar, y el afecto nos sostiene para extraer luz de la oscuridad, para excavar en el pasado, para enhebrar el hilo de nuestras memorias.

Inevitablemente es el presente que despierta la memoria, una memoria involuntaria, entramado de actos y emociones, y son las urgencias políticas actuales las que conducen a la historia. Paradójicamente, la llamada “crisis de lo político”, que enmarca la emergencia de las nuevas derechas, parece confirmar, de forma cruda e inquietante, esta notoria carencia de historicidad.

La historia, por el contrario, se sufre, se experimenta con orgullo, un orgullo absurdo que es también invencible. Entonces, aquí y allá, hoy y mañana, convencidas de que la agonía de nuestros mártires durará hasta el fin de los días, escuchamos el murmullo de sus vidas. Columnas de caminantes, una procesión sin fin que nos acompaña, ángeles guardianes, ángeles de la barricada. La fidelidad a la rabia ante el horror de la masacre es un aliciente vital, nada tiene que ver con la venganza, es un sentimiento que pone en movimiento, agudiza el deseo de descifrar, pensar el mundo de hoy a la luz de la historia.

Ser testigo, haber tenido el privilegio de conocer a Salvador Allende, de trabajar en La Moneda junto a Beatriz, su hija, mi amiga, no es suficiente. Es necesario también estudiar y retomar los documentos para comenzar a reconstruir bosquejos de recuerdos personales que se convierten en trazos firmes para esculpir al hombre político.

El ícono Allende, su rostro enmarcado por espesos anteojos, circula en afiches y banderas. Pero a menudo es un relato mítico, el del héroe sacrificado, el del hombre solo: poco contenido, ninguna referencia, nada sobre la manera de una estrategia política capaz de resistir al modelo dominante de ayer, y de hoy. Nada sobre la marea de hombres y mujeres que hicieron posible esa experiencia, sobre la constelación de mujeres que lo acompañaban cada día, sobre el pueblo y las organizaciones con los que dialogó, escuchando, sintiendo. Una

correa de transmisión infinita. Y sin embargo, la conciencia de ese pasado nos permitiría atravesar lo incierto e inventar un futuro consciente. La batalla por la memoria entre vencedores y vencidos no tiene síntesis ni reconciliación y es para siempre. Pero, ¿con qué palabras, de qué manera entrar firmes en la ruda disputa?

Chile, hace 50 años. Otro mundo, otro tiempo. Salvador Allende, ese samurái chileno, apasionado por la idea de transmitir y de educar, se propuso obstinadamente instalar el socialismo por la vía legal, respetando las instituciones políticas democráticas, la “vía chilena hacia el socialismo”. Obró a lo largo de su vida política por la unidad de la izquierda socialista, cristiana, con los comunistas. Esta postura tenaz no le impidió saludar la victoria de la Revolución cubana ni ir al encuentro de Che Guevara.

Dos rostros para un mismo hombre: el socialista marxista y el socialdemócrata, el revolucionario y el legalista, el hombre de principios y el pragmático, el amigo de los revolucionarios y el jefe de Estado. El político que conduce a su pueblo y dialoga directamente con los trabajadores que le han otorgado su confianza.

Desde la franja del MIR palpamos que el pueblo quería a Salvador Allende como presidente de la República y que era fundamental acompañarlo en esa aspiración. Y si bien, teníamos estrategias políticas diferentes, podíamos convivir —aunque no exento de tensiones— con fraternidad, en un mismo espacio de debate político, porque compartíamos múltiples afinidades y un horizonte común. Empujábamos juntos contra un enemigo alzado.

Y ahí, el tobogán de la historia: de las medidas tomadas por el gobierno de la UP a la adhesión creciente de la población, de la emergencia de una democracia directa a la estrategia de sabotaje de la derecha, de las nacionalizaciones a la reforma

agraria, de la creación de un polo de propiedad social a la redistribución de la riqueza. “La nación se encuentra ahora bajo la responsabilidad del poder popular”, proclama Allende en su discurso de asunción, en noviembre de 1970.

La política es pasiones y destinos: se respira el aire fresco, se retiene el soplo, se suelta la palabra. Debatir, escuchar, luchar. Reír y amar, a pesar de las tensiones. Pienso hoy que Allende fue la fuente de energía central de esta convulsión, a veces áspera, nunca simple, que embarcaba a toda la sociedad mientras crecía la amenaza interna y externa —con la CIA y el Departamento de Estado norteamericano jugando un rol esencial—.

Los hitos de su “carrera” política son trágicamente conocidos. Pero del hombre, simplemente del hombre, conocemos menos. ¿Cómo lo veíamos, cómo perdura en mi recuerdo íntimo y político? Dar testimonio, en un presente donde reina la desconfianza en las y los políticos, donde el afecto es desconsiderado, donde la fraternidad se adormece o se invisibiliza, con la mirada puesta en su persona, aporta un caudal de valores indispensables para hacer mundo y hacer política hoy.

Un recuerdo. Es 26 de diciembre de 1969. Beatriz Allende, mi maestra en la lucha revolucionaria, nos invita a pasar la Navidad y el Año Nuevo en una casa segura. La dirección del MIR se encontraba clandestina. Cuatro parejas y las hijas e hijos lo-gramos reunirnos. Nos instalamos en esa bella casa que por el jardín comunicaba con la de su padre, en Guardia Vieja. Una mujer nos hace pasar, es esbelta, pelo oscuro, piel mate, grandes ojos verdes, ternura y malicia, su boca sensual sonríe, lleva un vestido de colores pálidos, recto y bajo las rodillas. Maravillados, felices, la seguimos. Es la Payita, vive una historia de amor con Allende, nos presta su casa. Es una fiesta increíble, los bebés sobre las alfombras, la suavidad de las camas, las comidas de sabores delicados. Allende, la Payita y la Tati vienen a

visitarnos hacia las doce de la noche. Humor, amistad, la tribu en todo su esplendor, el grupo unido en ese ritual que nos liga para siempre “hasta que la muerte nos separe” e incluso más allá, como se vio.

Allende amaba todo de la vida. Elegancia, gentileza; un caballero, en una palabra. Una misma consideración y respeto, un trato de igual a igual, sea con una campesina pobre como con una señora de la burguesía. Le gustaba reír y bromear. Un apasionado, voluntarista y tierno, que hacía ejercicios y cuidaba su alimentación, y decía beber vino tinto o un whisky por razones cardiológicas. Boxeador aficionado, un seductor nato: sea una asamblea, un movimiento, un pueblo, un país o una mujer. Allende, capitán de una familia extendida, no conocía la culpabilidad. Leal en amistad, en política como en el amor, nunca abandonó a nadie. Gravedad y humor, rigor y distancia, firmeza y goce de existir: eso era Allende.

¿Cómo transmitir la historia grande? Tal vez en un relato sensible sobre personas de carne y hueso. Ni héroes ni fotos fijas. Destino, carácter, manera de ser, de amar y de luchar. Vidas verdaderas. Volver a encontrar la potencia de las palabras, no los discursos, esa potencia a pesar de las tergiversaciones y manipulaciones nunca se pierde, resiste y resurge, en lugares donde se desparraman las vidas comprometidas con cumplir la promesa de los vencidos.

El golpe de Estado instaura, bajo una represión brutal, una sociedad de mercado. Chile se convierte en el laboratorio del neoliberalismo. El primer paso de un mundo que conocemos: nuestro mundo, el de hoy. Vincular ese pasado con las fuerzas oscuras que nos acechan. Constatar que la palabra política es inexistente, ineficaz, porque no tiene consciencia de la realidad. Pensar, pensar juntos, tomar distancia, ir a la raíz, a la historia.

Entre nosotros, ese amplio espectro de militantes de lo que hoy llamaríamos la izquierda radical, y los revolucionarios de todo el continente, sabíamos quién era ese hombre, el Chicho,

el Doctor, el compañero Presidente. Régis Debray escribe tres días después del golpe, una semblanza, nuestros murmullos desde la clandestinidad contenían esa emoción, muchas de esas palabras:

“En Salvador Allende, la voluntad vibraba más alta que las ideas. Salvador era ante todo un hombre de corazón, para quien todo lo que esta palabra encierra —valor, rectitud, lealtad, emoción— contaba más que el resto. (...) Se saludaba siempre en él al político, pero éste era su doble, su rol, su imagen fatídica, que le hacía a veces ser amargo. Pues él tenía de sí mismo una imagen totalmente distinta, que guardaba en secreto, sin hablar de ella, desarmante y desarmada. Callada por un sentido infantil, obstinado observante él de ‘lo que se puede hacer’ y ‘lo que no se puede hacer’, de lo noble y de lo rastroso, se veía así mismo como un caballero de la esperanza, Robin Hood de las montañas. Este revoltijo, esta gloriosa incoherencia, es todo el hombre. Es por eso por lo que Allende es distinto de la doctrina política que llevaba su nombre; por lo que tenía tantos amigos que no eran allendistas; por lo que estaba excluido que pudiera firmar su capitulación mientras viviera. (...) No era feliz en el fondo ni estaba orgulloso de ser ese presidente convencional, ese ‘político astuto’ —la primera muñeca de Chile—, ese experto en tácticas conciliadoras. Había soñado otra cosa y no aceptaba renunciar a su sueño: los militares han logrado arrancarle concesiones verbales en el curso de estos últimos meses, pero él los enfurecía guardando en su cajón los decretos ya preparados que ponían al MIR fuera de la ley. Las leyes de la política dicen que un reformista, rehén del poder burgués, tiene tarde o temprano que ordenar disparar contra el pueblo para dar ‘garantías’. Allende quiso ser la excepción y lo consiguió. Cuando en 1972, la policía disparó sobre los habitantes de una ‘población callampa’ en el curso de una requisita nocturna y dio muerte a un obrero, él fue a la mañana siguiente, a pie y sin custodia, a presentar sus excusas a los ‘pobladores’ y a departir mano a mano con ellos. (...) Ponía más alto que la política y que su política, una moral,

una intuición, una fraternidad.” “El Che sabía, mientras vivió, que podía contar con él, a título personal, para no importa qué cosa, incluido llevarle las maletas.” “La amistad, el afecto más poderoso que toda divergencia política.”

En esos tiempos la esperanza tenía un nombre brillante en el horizonte: Revolución. Pero, aunque socialista, era singular: no apelaba a las armas, proseguía un camino inédito, democrático e institucional con el objetivo de alcanzar el “socialismo en libertad”.

La experiencia de ese sueño despierto, para quienes la vivieron, se detuvo brutalmente, el 11 de septiembre de 1973. Bajo las bombas, el presidente resistió empuñando las armas antes de suicidarse con una bala de Kalashnikov. Tenía 65 años. El acto libre y victorioso de Salvador Allende, su muerte voluntaria bajo las bombas, en la plenitud de la consciencia política, desnuda el odio, la máquina de matar de la dictadura civil-militar. Allende defiende el lugar de la política contra la brutalidad de los poderosos. Su vida lava la muerte que no calla.

Volver, entonces, una y otra vez, a esbozar su silueta, su tiempo. Un hombre fiel a dos ambiciones, la democracia y la revolución, y a través de él, el relato de una época desaparecida pero imposible de borrar, la pintura de una resistencia que lanza sus señales a un futuro, nuestro presente, signado por la impotencia y el resentimiento; un presente que necesita urgente una nueva imaginación política popular, nuevos lenguajes, fuentes de energía vital. ■

Allende

por Régis Debray*

Vivió como un epicúreo; se dio la muerte como un estoico, el cañón del arma apuntando su boca. Ese 11 de septiembre de 1973, el buen vividor Allende tuvo un final a la romana. No estaba previsto que entraría en la leyenda y permanecería en las memorias. Había dos hombres dentro de él y, desde fuera, hasta ese entonces, yo mismo al igual que los demás, solo habíamos visto uno solo: un radical-socialista de buen humor, confiado en la *muñeca*, aficionado al pisco, a la buena comida, a las bromas y a las mujeres hermosas. Porque Allende tenía sentido del humor, cosa rara en la izquierda, donde la seriedad es tradición, y no posaba al héroe que sería un día. No llevaba ni barba ni boina, *el compañero presidente*. Unos gruesos lentes de carey, un bigotito bonachón, la voz burlona y cálida, simpático, fraternal e incluso masón, como Pinochet, por lo demás. Tenía todo lo necesario, diría yo, para alejar las sombras fatídicas; y para engañar a su mundo.

Tras salir de la cárcel en Bolivia, durante semanas fui su invitado, de Neruda también, en su casa de Isla Negra, y todavía me arrepiento de mi tono pretencioso de sabelotodo marxista-leninista al conversar con el presidente de Chile ante la cámara de Miguel Littin. Él, el “reformista”; yo, el “revolucionario”. Un cliché. Un juego de roles. Los códigos de la época. Mi única excusa: casi cuatro años de aislamiento en una celda, más que suficientes para exaltarse y soñar, estúpidamente, con castillos en el aire.

*Escritor y filósofo. Artículo escrito para la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*, septiembre 2023.

El Chile de entonces, es cierto, eufórico y de playas (aunque el Pacífico es muy frío) escondía bien su juego. La Unidad Popular no era nada punitiva ni puritana. Optimista. No estaba concebida para el odio ni para la agresividad, pasión negra y viscosa y lejos estaba el suicidio del presidente Balmaceda, en el siglo anterior. Los cacerolazos de los barrios ricos no llevaban a desdeñar las ostras, los maravillosos erizos y el sabroso vino blanco. Además de las criaturas amables, un Congreso muy activo, militares civilizados. Se decía: un perfume de Europa en el fin del mundo, una Inglaterra en América del Sur. Se olvidaba a la del Norte, que sigilosamente preparaba y financiaba la guerra (diez millones de dólares, para empezar, en fondos especiales). Bloqueo, recursos, sabotajes y, cuando fuera necesario, asesinatos. Los camioneros, las minas de cobre, la Casa Blanca y la CIA no permanecían ociosos. Pero eso solo se sabría más tarde. La prensa a veces llega tarde, los militantes también. En el país de la bonhomía y de los acuerdos de última hora, no era correcto pensar mal. La ferocidad no estaba en el programa. Allende, que se dejaba tutear, sin rencor, a menudo me mostró sonriendo una foto en su escritorio dedicada por el Che: “A Salvador Allende, que por otros medios trata de hacer lo mismo”. Uno puede pensar legítimamente que otro camino lleva a otro lugar, pero aquello parecía una metáfora amable e irrealista.

“La democracia es un ejercicio de modestia”, decía Camus. Se aprende con la edad y se pueden acortar sus plazos. No negaré que Chile, al que regresé con frecuencia hasta el golpe (presentido, pero bajo formas más o menos amables), aceleró el aprendizaje de un pequeño francés demasiado seguro de sí mismo. La inmolación de un gran señor, que no tenía ni la apariencia ni la pretensión, seguida del asesinato de tantos compañeros, nos recuerda que la tragedia aún puede, en Occidente y bajo máscaras apacibles, estallarnos en la cara. Una lección a guardar en algún rincón de la cabeza, aun cuando, como es mi caso, la cabeza se haya desinteresado del juego po-

lítico. A condición que el corazón recuerde que no siempre ni en todo lugar ese juego es anodino. Compañero Allende, no desaparezcas. Se te debe tanto en la olvidadiza Europa y más allá, en todos lados. Recordar, cincuenta años después, nunca está de más. ■

La obra y legado de los mil días
del gobierno popular

Todo lo que debemos a Allende

por Álvaro Ramis*

La memoria de la Unidad Popular ha sido estigmatizada por su desenlace fatal. Las enormes dificultades enfrentadas por el boicot interno y externo, las divergencias al interior de la coalición de gobierno y el relato denigrante impuesto por el pinochetismo generaron una percepción de fracaso político que ha cruzado las fronteras ideológicas.

Incluso la izquierda ha cultivado una imagen del presidente Salvador Allende como un héroe trágico, admirable en lo humano, pero políticamente derrotado, lo que ha desmerecido su valor como estadista clave de nuestra historia. Si se consulta a la opinión pública qué le debe el país a Allende seguramente van a surgir motivos simbólicos, como su ejemplar resistencia al golpe de Estado, el carácter avanzado de su programa, su compromiso personal con el pueblo, su capacidad de resistir contra las presiones y sabotajes de la derecha. Pero no es recurrente que se haga referencia a los aportes históricos, concretos y verificables del gobierno de la Unidad Popular, que se lograron de manera efectiva y que han sido cruciales para la evolución posterior del país, permaneciendo hasta el día de hoy. A 50 años de distancia su enorme obra, construida

*Rector Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Artículo publicado en la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*, septiembre 2023.

en poco más de mil días de gobierno, se hace imprescindible de recuperar y valorizar.

Nacionalización

El 11 de julio de 1971 el Congreso aprobó la reforma constitucional (Ley N°17.450) que nacionalizó los yacimientos de la Gran Minería. Aunque sólo se suele recordar que se nacionalizó el cobre, la ley es mucho más amplia al señalar: “El Estado tiene el dominio absoluto, exclusivo, inalienable e imprescriptible de todas las minas, las covaderas, las arenas metalíferas, los salares, los depósitos de carbón e hidrocarburos y demás sustancias fósiles, con excepción de las arcillas superficiales”.

De esta forma se produjo una nacionalización del litio, oro, plata, hierro, petróleo, carbón, gas natural, manganeso, molibdeno, plomo, zinc, nitratos, sulfuros, tierras raras, yodo, yeso y todos los yacimientos minerales que en el futuro se localicen y tengan valor productivo y comercial para su explotación. Hasta hoy Codelco sigue siendo la empresa productora de cobre más grande del mundo y es la empresa que más contribuye a la economía chilena, proyectándose un aporte al fisco de US\$1540 millones en 2023. En sus casi 50 años de historia CODELCO ha entregado excedentes al Estado por más de 100.000 millones de dólares, siendo la principal palanca para expandir el producto nacional y financiar el costo social que, a lo largo de estas cinco décadas, ha sido fundamental en la reducción de la extrema pobreza.

Más allá de los enormes montos que ha aportado esta empresa pública, toda la industria minera que opera en el país, incluso mediante operadores privados, fue irreversiblemente condicionada por medio de la reforma constitucional de 1971. Hoy las mineras privadas explotan un recurso estatal, que les ha sido concesionado, por lo cual deben aportar al fisco por tres vías distintas: 1) contratos de Corfo por arrendamiento 2) por el impuesto a la renta y 3) por el impuesto específico a la minería (royalty) de esas compañías. De esa forma los ingre-

sos fiscales por litio sumaron US\$ 5 mil millones en 2022. Sin la reforma constitucional de 1971 esos ingresos hubieran sido insignificantes e irregulares ya que el Estado no tendría las herramientas jurídicas para implementar este tipo de tributos.

De cara al futuro, la nueva Estrategia Nacional del Litio sólo es posible gracias a los pasos fundamentales dados por Allende en 1971 y de esa forma mantener su carácter no concesible, fortaleciendo el rol del Estado en su explotación, maximizando su valor agregado y rentabilidad social. Del litio, nuestro nuevo cobre, se puede aplicar lo que Allende dijo en 1971: “Lo que se haga en el cobre dependerá de nosotros, de nuestra capacidad, de nuestro esfuerzo, de nuestra entrega sacrificada a hacer que el cobre se siembre en Chile para el progreso de la patria”.

Reforma Agraria

Sería inimaginable el desarrollo de la sociedad chilena actual sin la Reforma Agraria. Este proceso, criminalizado por la derecha, determinó una irreversible modernización de las relaciones productivas en el ámbito rural por lo cual su efecto permanece, más allá de las políticas de contrarreforma que implementó la dictadura.

Recordemos que esta política fue iniciada desde inicios de los años 60 y era un proceso inexplicablemente postergado, dada la baja productividad del agro tradicional y las malas condiciones de vida del campesinado chileno. Si bien durante el gobierno de Eduardo Frei ya se había logrado una base legal para su implementación, mediante la Ley de Reforma Agraria (N° 16.640) y la Ley de sindicalización campesina (N° 16.625), el ministro Jacques Chonchol logró expandir el proceso a una escala radical, que cambió de forma definitiva el mundo rural. Al momento del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, el gobierno de Salvador Allende había logrado expropiar cerca de 4.400 predios agrícolas, los que sumaban más de 6,4 millones de hectáreas. El viejo orden latifundista, que se había mantenido por más de 400 años, llegó así a su fin. El campesinado, al que

le eran negados sus derechos humanos fundamentales, vivía en pleno siglo XX en un régimen de semi-servidumbre llamado inquilinaje. La reforma lo incorporó a la sociedad de forma activa, para lo cual fue necesario desarrollar de manera simultánea la educación pública a una verdadera escala nacional. A la vez el campesinado conquistó su plena movilidad laboral, escapando de las condiciones paupérrimas que les imponía el sistema de inquilinaje en el cual todo dependía del patrón de fundo.

Es real que en las décadas siguientes el modelo neoliberal penetró profundamente en el mundo rural, produciéndose un masivo traspaso de la tierra a nuevos capitalistas, quienes capitalizaron la modernizaron la producción agrícola y convirtieron a los campesinos en trabajadores de la nueva industria agroexportadora. Pero ese mismo proceso de transformación capitalista, que tanto celebra el mundo financiero, hubiera sido imposible sin la reforma agraria. No es extraño que se califique a este proceso como el cambio social y productivo más importante del siglo XX chileno, ya que hasta el día de hoy sigue teniendo efectos. Erradicó la vieja agricultura extensiva, al lograr una optimización de la producción agroalimentaria que ha permitido que el país haya disminuido su endémica dependencia de las importaciones y permitió volcarse a las exportaciones. La política neoliberal de la dictadura impidió que esta enorme transformación se hiciera bajo un modelo de agricultura familiar campesina, tal como fue planificada, al privilegiar a la nueva industria agroexportadora. Pero aun así la Reforma Agraria logró terminar para siempre con una estructura rural inadecuada e injusta, de modo irreversible.

Cultura y política

La fuerza de terrorismo de Estado aplicado por la dictadura, junto a la fuerza modeladora del mercado bajo condiciones neoliberales, sin duda han cambiado la matriz cultural y política del país. Es habitual que los análisis históricos y sociológicos pongan énfasis en lo hondo de estas transformaciones,

que han fraguado una cultura y una política extremadamente individualistas, asociales y consumistas. Lo que no se analiza es que la UP también logró marcar una impronta profunda en la subjetividad nacional, y a pesar de todas las violencias ejercidas por el Estado y de todas las configuraciones subjetivas del modelo económico, no ha desaparecido totalmente ya que confirió carácter a la identidad de Chile.

La Unidad Popular no fue sólo un gobierno de mil días. Fue la culminación de un largo proceso de construcción del Estado y de una cultura social y política que abarca todo el siglo XX: desde el movimiento obrero de Recabarren, el despliegue progresivo de la institucionalidad democrática de la Constitución de 1925, el desarrollo industrial y educacional impulsado por el Frente Popular en los años 30 y 40, las prácticas comunitarias del cristianismo social arraigadas en diversos territorios e instituciones, los logros de los movimientos de pobladores en su demanda por vivienda, las luchas locales por participación vecinal, la construcción de las grandes organizaciones sindicales, la acumulación de experiencia de las organizaciones de mujeres, las nuevas vanguardias en el arte popular y producción cultural. La UP es un momento de síntesis y consolidación de todo este complejo ciclo histórico, que contó con el viento a favor de un contexto internacional que promovió políticas keynesianas, industrialistas y redistributivas debido al temor de Occidente al enemigo soviético.

Hoy, a 50 años, esta matriz cultural y política no es hegemónica, pero existe, es posible catastrarla y caracterizarla como un bien intangible que claramente podría ser revitalizado bajo condiciones nacionales e internacionales más favorables. La eventualidad de un orden global postneoliberal podría recuperar este acervo y recrearlo en un nuevo contexto. Salvador Allende plantó semillas tan resistentes y fértiles como las flores del desierto, que esperan por décadas la llegada de un poco de lluvia para volver a florecer. ■

Del agrarismo a la autonomía

por José Bengoa*

Salvador Allende fue vitoreado en su gira a Temuco en el verano del año 1971. El estadio de la ciudad estaba repleto de gente al igual que las calles. Para quien tenga dudas hay un documental del famoso cineasta Raúl Ruiz donde aparece en detalle ese momento histórico. Quizá ha sido el último presidente de Chile masivamente recibido en la Araucanía. Se cerraba en ese momento el Segundo Congreso Mapuche que aunaba a una gran cantidad de organizaciones locales y regionales. El primer Congreso había sido en Ercilla, hoy de connotadas noticias. Básicamente se demandaban las tierras usurpadas, lo que había sido el reclamo histórico mapuche de todo el siglo XX. Se entendía por ello las tierras que habían sido robadas a los Títulos de Merced, los que habían sido delimitados arbitrariamente por el Estado en el proceso de radicación después de la campaña militar que se la llamó irónicamente de Pacificación de la Araucanía.

Junto a ello había demandas de apoyo a la producción agrícola y, por cierto, escuelas, becas, hogares estudiantiles, caminos y las reivindicaciones evidentes frente a la pobreza generalizada existente. Se trataba, mirándolo desde los 50 años de una reivindicación de corte fundamentalmente agrarista. Y era de ese modo. Casi toda la dirigencia y militancia mapuche

*Historiador y antropólogo. Artículo publicado en la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*, septiembre 2023.

era campesina, trabajaban la tierra y de eso vivían. La falta de tierras cultivables era la cuestión central en la preocupación del movimiento mapuche y se pensaba que el Gobierno de Salvador Allende podría ayudar en ello. Se pedía una nueva ley que en lo central uniera la cuestión mapuche con la Reforma Agraria en curso, y así se hizo. Demoró más de la cuenta como es fácil de comprender, pero ya en el segundo año de la Unidad Popular se dictó la ley.

El Cautinazo

Mientras ello ocurría en Temuco, en los campos se había producido una suerte de levantamiento mapuche, como tantas veces en la Historia de Chile. Todo comenzó en la zona de la comuna de Lautaro y se le llamó el Cautinazo. En un sector llamado Vega Larga, las comunidades vecinas invadieron un potrero que les había pertenecido a su Título de Merced (TM) y que fuese robado por el patrón. El relato era muy gráfico y me lo contó el lonko del lugar. El abuelo que era el titular del TM había sido presionado para arrendar el potrero, bastante grande según se lo veía, y fue invitado a beber. Luego a firmar a una Notaría en la que en vez de arriendo fue venta. Me decía su descendiente que por cierto el abuelo no sabía leer y apenas hablaba el castellano. Pero lo curioso que el lonko o jefe de la comunidad que inició la toma había sido el presidente del Comité Comunal de Independientes por la candidatura de Jorge Alessandri que había perdido frente a Allende. Se había sentido con poder y que no le “iba a pasar nada”, así lo señaló, y avanzó con su gente a las tierras usurpadas. Recordemos que en esos años aún quedaban muchos dirigentes antiguos del coñopoanismo, el movimiento de Venancio Coñoepan Huenchual que había terminado aliado al Partido Nacional. Esa toma fue la “chispa que encendió la pradera” y en pocos días se produjeron decenas de tomas en Cautín.

El Presidente determinó que su ministro de Agricultura, Jacques Chonchol, se instalara en Temuco con todo su equi-

po y se dedicara a ver el asunto. Entrevistado hace un tiempo Jacques me contó que le preguntó qué hacer al Presidente y este con tono coloquial criollo, le dijo, proceda ministro. Esto es comience a aplicar la Reforma Agraria en la zona e incorpore a las comunidades. Así fue como se fueron organizando por todas partes nuevos Centros de Reforma Agraria, en que se agrupaba a los inquilinos del interior de las haciendas o fundos con los comuneros de las comunidades vecinas. En algunas partes esta combinación no funcionó bien, pero en otros lugares quizá más politizados como Cunco, funcionó de tal suerte que se llegó a “*desalambrar*” como decía la canción, y así hacer paños únicos de tierra entre fundos y comunidades. En la costa en cambio se prefirió hacer Centros de Producción en que se combinara la producción agrícola con la pecuaria. Por ejemplo, en la comunidad de Calof, cercana a Lago Budi, se construyeron grandes establecimientos productores de cerdos que eran alimentados con la producción agrícola de las comunidades, en una inteligente relación de intercambio. En este caso fue un éxito que terminó abruptamente el 11 de septiembre siguiente.

La devolución

Este período también será el último en que los mapuches participarán activamente en los partidos políticos nacionales, tanto por la derecha política como por la izquierda. Por cierto que la balanza se inclinó casi totalmente hacia la izquierda y no pocos quisieron ver las reivindicaciones y movilizaciones mapuche con signos revolucionarios. De ahí muchos nombres de asentamientos, que no tenían que ver con la Historia Mapuche sino con héroes (“Che Guevara por ejemplo”) de las izquierdas. A nuestro modo de ver, esta situación llevó a una compleja situación, tanto en la sociedad regional que vio en las antiguas reivindicaciones por tierra una insurgencia revolucionaria como en las izquierdas que creyeron ver en los mapuche la vanguardia de la revolución.

Se expropiaron más de 100 mil hectáreas en favor de las comunidades, -Chonchol señala una cifra de 150 mil- las que casi en su totalidad fueron devueltas una vez que se produjo el golpe de Estado. Este fue terrible en la Araucanía en que los ánimos como se está describiendo, se habían encendido más allá de lo imaginable. Hubo actos inicuos. Citemos solamente dos. En la zona de Trovolhue se tomó prisioneros a dirigentes a los que se los amarró de los pies con una larga cuerda y se los colgó a un helicóptero el que se paseó por todas las comunidades, sobre todo las costeras, haciendo como que lo tirarían al mar. Los médicos jóvenes del Hospital de Carahue fueron prisioneros y llevados a la cárcel de Temuco, golpeados y vejados. Uno de ellos fue el conocido médico Miguel Ángel Solar, quien había sido el presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica en la afamada movilización en que se acusó con el cartel que decía: “*Chileno, El Mercurio miente*”. Cuando uno analiza el porcentaje de detenidos desaparecidos en relación a la población total de Chile y en el caso de los mapuche a su población, este último caso es casi el doble. Durante muchos y largos años no supimos mucho de ello, ya que muchas familias temerosas de las consecuencias no denunciaron lo ocurrido e incluso no fueron a declarar a la Comisión Rettig.

La represión

Quien siembra vientos cosecha tempestades, dice el viejo adagio. Es el caso. Ese verano en un acto de un simbolismo extremo y quizá delirante, la Escuela Militar dirigida por el entonces conocido comandante Pedro Ewing, se fue de maniobras a la zona justamente de Trovolhue, a “poner orden” en las comunidades. Como se sabe bien, son “cadete” eso es que se trata de niños de 14 y 15 años, que vestidos de fajina y casco, armados hasta los dientes, se pasearon y a veces fueron obligados a hacer acciones represivas, entre las comunidades. ¿Qué tendrían en su cabeza quienes dieron esas órdenes? ¿Re-

memorar el tiempo de Pedro de Valdivia? Vaya uno a saberlo. Pero las consecuencias fueron evidentes. Ahí comenzó un quiebre profundo entre la sociedad mapuche y la chilena que con el tiempo solamente se ha profundizado. Las estadísticas policiales se publicaban en los años ochenta y mostraban la cantidad de arrestos por sospecha que se producían. Este tipo de arrestos implicaba una noche de prisión por lo general en una Comisaría o cuartel de la Policía. En la Araucanía el porcentaje de arrestos por sospecha es el triple que en el resto del país. Es tan alto que uno de cada tres habitantes debió caer en esa situación. La sospecha fue simplemente ser mapuche, tener “pinta” de mapuche, esto es, racismo duro y puro.

Junto a esas acciones represivas comenzaron a ocurrir las reformas de la llamada contra reforma agraria. Pinochet llamó a sembrar hasta el borde de los potreros y los agricultores agradecidos así lo hicieron. Se llenó de vacas el sur de Chile. Y luego aplicaron la política de shock y un ministro les gritó en la cara “*Cómanse las vacas*”, e incluso uno de sus dirigentes de apellido Podlech fue enviado al exilio, claro que dorado, ya que se instaló en Bariloche. Acabaron con los ferrocarriles que era un sistema importante de integración regional y local, dejando a muchas comunidades en el total aislamiento. Las políticas agrícolas fueron sacando del mercado a las producciones mapuche, en especial el trigo. Los molinos no aceptaban los pequeños volúmenes. Los animales fueron exigidos de tener una serie de papeles para ir a la feria. En una oportunidad vi personalmente como en el puente del río Imperial cerca de Carahue les quitaban animales a los campesinos que iban a la feria con apenas uno o dos vacas.

Cambia el paisaje

Pero la cuestión central fue el cambio violento del paisaje físico, climático y por ende social y político que se produjo con la pinificación masiva, no programada e irresponsable del sur de Chile. Pensemos que en 1970 había en el país 330 mil hec-

táreas de pino radiata y estas en su mayoría estaban en la zona de Constitución para alimentar la planta de celulosa que aún existe en ese puerto. El año 2015 eran 2.5 millones de hectáreas, de pinos y eucaliptus, eso es 2.2 millones nuevos y en su mayoría en la Araucanía. ¿Qué había ocurrido? Las tierras expropiadas por la Reforma Agraria, casi 6.6 millones de hectáreas, durante Allende fueron devueltas, entregadas en parcelas a los campesinos ex asentados y una porción enorme quedó en manos del Estado, de la Corporación Nacional Forestal y de la Reforma Agraria, las que las sacaron a remate en grandes lotes. Eran las que los técnicos decían que no se podían dividir por ser de tipo praderas para la ganadería o simplemente de aptitud forestal. En aquellos días y años posteriores al golpe eran muy pocas las empresas privadas con capacidad de adquirir esas tierras, por lo que se remataron a precios irrisorios (“a huevo” como se dijo y se dice). Tres o cuatro grandes empresas “compraron” miles de miles de hectáreas. El famoso Decreto Ley 701 posibilitaba que las plantaciones fuesen subsidiadas. Conaf entregaba gratuitamente las plantas y el Estado pagaba un monto por cada una que “prendía”. A eso se unió el Plan de Empleo Mínimo que aportaba con la mano de obra en forma gratuita para las empresas, el mal afamado PEM. Las plantaciones fueron pagadas por el Estado, las tierras regaladas por el Estado y la mano de obra igualmente mal pagada por el Estado. Personalmente vi a fines de los años setenta en la localidad de Los Álamos en la Provincia de Arauco cómo se subía a una enorme cantidad de hombres a camiones militares y se los llevaba hacia la Cordillera de Nahuelbuta a plantar pinos; ese era el PEM. Lamentablemente perdí las fotografías que con mucha precaución en esos días tomé de esas maniobras deleznales. Muchas comunidades quedaron físicamente encerradas por plantaciones impenetrables, cerradas con rejas y los portones con candados y sobre todo viendo como crecían árboles que muchas veces ellos mismos habían plantado. Ahí se creó una bomba de tiempo, que con los años explotó.

Todos estos hechos produjeron un cambio radical en la conciencia y demanda mapuche. La cuestión agraria fue perdiendo terreno y en su reemplazo se puso en primer lugar la cuestión cultural, la cuestión de la identidad étnica. Cuando la dictadura decretó la división de las comunidades mapuche, de modo de establecer la propiedad privada en todas las comunidades surgió un nuevo movimiento que se autodenominó Centros Culturales Mapuches. De esa idea inicial surge el movimiento autonomista que va a desatarse en la década del 90 y hasta hoy es determinante. ■

El golpe militar de 1973 a 50 años

El escenario bipolar que enfrentó Allende

por Manuel Antonio Garretón M.*

El golpe militar(1) de septiembre 1973, terminó a sangre y fuego con el proyecto de transformación socialista en democracia y abrió camino a un régimen de terror desde el Estado y a un proceso de refundación capitalista autoritaria que significaba la destrucción del orden político y de todos los procesos de democratización, desarrollo y modernización que había tenido el país a lo largo de su historia, principalmente, desde mediados de los sesenta.

El proyecto de transformación socialista en democracia encabezado por el Presidente Allende y los partidos de la Unidad Popular, constituía una respuesta única al desafío de los sesenta en América Latina de superar el capitalismo y la dependencia, con una fórmula que no fuera la revolución en su dimensión insurreccional o de lucha armada, sino en el completo respeto a las instituciones democráticas. El escenario que se abrió a partir de la victoria electoral de la Unidad Popular en Septiembre de 1970 fue un escenario bipolar en que se enfrentaban, por un lado, un proyecto socialista democrático que debía desarrollar un programa, parte del cual alcanzó a realizarse, cuyo núcleos centrales eran la construcción de un área de propiedad social que permitiera

*Sociólogo. Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanidades. Artículo publicado en la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*, septiembre 2023.

un nuevo modelo de desarrollo y un conjunto de medidas que resolvieran los grandes problemas que acuciaban a los sectores populares, lo que incluía la participación y movilización de éstos. Y por otro lado las fuerzas económicas y políticas nacionales e internacionales dominantes (los Estados Unidos) que buscaban mantener y profundizar el statu quo y cuya lógica de acción y objetivo central desde el inicio (incluso antes de asumir el gobierno de Allende) era su eliminación.

Fin de las lealtades

En este escenario bipolar, (capitalismo vs socialismo en democracia en términos de proyecto, derecha vs izquierda en términos políticos, pueblo contra clases dominantes en términos sociales) en que inicialmente el centro político, la Democracia Cristiana y las clases medias no se identificaban con los dos polos y las Fuerzas Armadas mantenían su posición de respeto al Gobierno, participando más adelante en él institucionalmente, la Unidad Popular debía realizar su programa para cumplir su promesa, atrayendo a las clases medias y su expresión política para hacerse realmente un gobierno mayoritario. Y la derecha y los poderes económicos, por su parte, siguiendo su estrategia de eliminación o derrocamiento del gobierno para lo que podían utilizar cualquier medio (institucional o insurreccional), buscará impedir de diversas maneras la realización del programa y crear las condiciones para que el centro político se subsuma en su estrategia y para ello le entregará el liderazgo de la oposición como se expresa las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 en que se buscaba el derrocamiento constitucional del gobierno, y, al mismo tiempo, las Fuerzas Armadas pierdan su lealtad con el sistema institucional y derroquen al gobierno legítimo convirtiéndose en una dictadura portadora del proyecto de destrucción de la democracia y restauración y recomposición del orden capitalista.

La autocrítica

El debate en torno al golpe militar y la dictadura en el tiempo de la conmemoración de los 50 ha enfrentado a quienes lo justifican o lo buscan explicar basándose en la crisis política y social de la época de la que sería culpable solamente el gobierno de la Unidad Popular, aunque muchas veces criticando las consecuencias posteriores en materia de violación de derechos humanos, y quienes entienden que la crisis de múltiples causas, no explica ni justifica el más grande crimen histórico de nuestro país que se inicia con el bombardeo a La Moneda y continúa con el terror y la dictadura y que mientras esto no se reconozca y condene oficialmente por todas las instituciones, el país continuará irremisiblemente dividido.

No se trata de negar la existencia de una crisis provocada por el enfrentamiento de dos proyectos como hemos mencionado. Paradojalmente los únicos que no han hecho autocrítica respecto de su comportamiento en el período, es decir, en el desarrollo de la crisis son los que propiciaron, ejecutaron o fueron cómplices del golpe. En cambio tanto desde el mundo intelectual como del mundo político de la izquierda sí que hubo una profunda auto crítica tanto de su proyecto como de su conducción política durante el proceso, lo que no significa que se tuviera responsabilidad alguna en el golpe, del que son responsables exclusivamente precisamente sus instigadores, autores y cómplices (aunque algunos de estos últimos se hayan más adelante opuesto a la dictadura). Así, y siempre en el marco de un escenario en que se buscó terminar con el gobierno de Allende desde el primer momento, se reconocen responsabilidades de la Unidad Popular en el proceso como vacíos teóricos en la relación entre democracia y socialismo, aunque no fue el caso propiamente del allendismo, errores en la conducción económica, retóricas y posiciones ambiguas por parte de algunos sectores respecto de la violencia, concepciones y políticas inadecuadas hacia los sectores medios, dificultades para emprender las alianzas políticas y sociales que

ampliaran la base de apoyo a las transformaciones conducidas por la Unidad Popular, entre otros aspectos muy significativos y con consecuencias importantes en la conducción política. Nada de ello, que sí coadyuva en una crisis sin ser su causa principal, tiene que ver con el golpe militar. Y esta autocrítica llevó al proceso más importante de la izquierda con posterioridad al golpe, la denominada renovación socialista que es lo que permitió la alianza política y social más grande de la historia hasta entonces para terminar con la dictadura y asegurar un régimen democrático. En cambio, los sectores de derecha no han reconocido su política destinada al derrocamiento, ni las Fuerzas Armadas su carácter sedicioso y la traición en que incurrieron al terminar con la democracia e imponer un orden de terror, ni la Democracia Cristiana su responsabilidad en la subordinación a la estrategia golpista de la derecha.

El crimen más grande

Hemos señalado que el golpe militar del 73 es el crimen más grande nuestra historia (sin considerar el relativo a los pueblos originarios) y el hito fundante de nuestra época y sigue constituyendo el clivaje principal de nuestra sociedad, aun cuando se haya superado el régimen político que instauró y se haya establecido un régimen democrático, se hayan corregido en democracia, muchos aspectos de su modelo económico social, se haya avanzado significativa aunque insuficientemente, respecto de los crímenes cometidos por la dictadura en los temas de verdad, justicia reparación y no repetición, se hayan generado y multiplicado nuevos clivajes que se suman al clivaje central (género, igualdad, medio ambiental, territorial, generacional por nombrar algunos). La elección del primer gobierno de izquierda desde la Unidad Popular frente a la candidatura que, en democracia, representaba la herencia de la dictadura, por los mismos porcentajes del Plebiscito de 1988 que enfrentó a Pinochet y su continuidad en el poder con las fuerzas democráticas, es una de las tantas expresiones de lo

que estamos planteando respecto del clivaje central de nuestra sociedad.

Esta conmemoración coincide con un momento de regresión respecto de los procesos de transformación esbozados desde el segundo gobierno de Bachelet y sobre todo en el proceso constituyente derivado del estallido social y en el programa del gobierno del Presidente Gabriel Boric. Y ello nos lleva a reflexión final.

Estamos en una sociedad muy distinta de la de hace cincuenta años, por su estructura social, nivel de desarrollo y sobre todo por su forma de relacionarse internamente en que la política ya ha dejado de ser su principal cemento cultural y los partidos la principal forma de representación de actores y movimientos sociales. En este panorama de sociedad multipolarizada o fragmentada, por un lado, el centro político orgánico demasiado absorbido por una pretensión hegemónica ha prácticamente desaparecido. Por otro, frente a los procesos de transformación la derecha política y social ha optado siempre por la opción extrema, inicialmente minoritaria y que logra hacerse finalmente dominante (la estrategia de derrocamiento frente a la Unidad Popular, el rechazo al proceso constituyente y la opción del Partido Republicano en los tiempos actuales). Por último, los proyectos de izquierda no han logrado hacerse mayoritarios y si bien han consolidado una base de apoyo social, ella no se ha ampliado ni incorporado vastos sectores de la ciudadanía que han ido generando nuevas demandas y que no se sienten representados por los proyectos que provienen del mudo político. Todo ello plantea la cuestión de la posibilidad de una regresión conservadora y obliga a los diversos actores opuestos a ella a repensar un proyecto de transformación que logre constituirse en mayoría política y social. ■

1. Es un error frecuente y, a mi juicio, muy grave referirse al golpe militar del 11 de septiembre y a la dictadura que se implantó con él, como “cívico militar”, para recalcar la participación en la instalación y desarrollo de los sectores civiles tanto en el golpe como en la dictadura. En este sentido si se quiere calificar al golpe y

la dictadura como una obra de ambos sectores habría que hablar de militar civil o civil militar. Creo que el golpe fue instigado también por civiles pero fue dado por las Fuerzas Armadas, por lo que pienso que fue un golpe de Estado militar con respaldo de civiles. La dictadura que contó con una importante participación de civiles por lo que podría en ese caso usarse la expresión militar civil o militar y civil. Pero nunca un golpe de Estado que rompa la institucionalidad republicana y democrática ni una dictadura que imponga u terrorismo de Estado podrá llamarse cívica, que es la virtud republicana, ciudadana y democrática, que se expresa cuando hablamos de educación cívica o de las elecciones como deberes cívicos. ¿O es que los militares al dar el golpe cumplían un deber cívico? En cambio, cuando el Presidente Allende los nombra en el Gabinete, ahí sí están cumpliendo el deber cívico de obedecer al poder político legítimo. No les concedamos a civiles y militares que participaron del golpe y la dictadura el carácter de cívico. Que es peor que hablar de pronunciamiento en vez de golpe y dictadura.

Otra mirada a los 50 años

Tiempos de feminismos

por Ximena Valdés S.*

“El feminismo es para todo el mundo”

BELL HOOKS(1)

Propongo una mirada enraizada en la experiencia personal, algo colectiva aunque desde un ámbito restringido de mujeres feministas a partir de la emergencia de las primeras señales de la segunda ola del feminismo bajo dictadura ya que la trayectoria del movimiento feminista ha sido analizada por muchas mujeres. El medio siglo transcurrido otorga la posibilidad de pensar en los pasos dados por el movimiento feminista, en sus viajes entre la sociedad y la política, de la sociedad al Estado, del Estado hacia las mujeres. Logros, horizontes, posibilidades transformadoras sin dejar de lado el hecho que la historia no es lineal(2), que a menudo se congela, tropieza con escollos, incluso vuelve atrás buscando restaurar los buenos tiempos del orden patriarcal(3) como lo son las señales del presente.

Esta es una mirada entre muchas otras. Las numerosas historias del feminismo en Chile, también son el fruto del movimiento feminista que ha disputado el terreno a los silencios androcéntricos de la historia sobre actores sociales que no se nombraron, por tanto estuvieron ausentes y sin pasado.

¿Desde cuándo y desde dónde hablar?

Desde fines de los años setenta, cuando un grupo pequeño de

*Integrante Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, docente en Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Artículo publicado en la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*, septiembre 2023.

mujeres que trabajaban o habitábamos por distintas razones en la FLACSO animadas por Julieta Kirwood comenzamos a conversar acerca de nuestra situación a oídas del desarrollo de los movimientos feministas latinoamericanos y de otras partes del planeta. Eramos mujeres que vivíamos como muchos y muchas, el temor, el miedo, la desazón que producía el autoritarismo y la violencia que se ejercía sobre la sociedad y las personas. Ese autoritarismo, “por arriba” ejercido por las criollas fuerzas armadas de la mano de buena parte de las elites económicas develó, en la perspectiva de las sensibilidades del naciente feminismo de “la segunda ola,” otros lugares de ejercicio del autoritarismo, más cercanos, los del entorno, en la “microfísica” de las violencias y del ejercicio del poder de proximidad.

Otras mujeres estaban en la misma ruta que nosotras y nos juntamos con ellas para crear el Círculo de la Mujer el año 1979.

El Círculo se situó al alero de la Academia de Humanismo Cristiano(4). espacio de refugio que albergó cientistas sociales y profesionales, creado por una Iglesia Católica que bregaba en esos años por la defensa de los derechos humanos y la protección a los perseguidos junto a la Vicaría de la Solidaridad.

Estuvo formado en sus inicios por una decena de mujeres profesionales(5) y fue construyéndose bajo la forma de anillos inclusivos a los que se sumaban mujeres de distintas edades y condiciones entre las cuales varias que regresaban del exilio mientras otras se unían a través de los innumerables encuentros y reuniones que realizábamos en “casas de la iglesia” (Casa de Ejercicios Francisco Javier era la más socorrida). Todavía no había mucha “calle” más bien hacíamos actividades de “toma de conciencia”, formación de colectivos, pedagogías feministas, en lugares de encierro.

Temas variados animaban esos Encuentros feministas: trabajo doméstico y reproductivo, violencia doméstica y sexual, divorcio, sexualidad, contracepción, aborto; el patriarcado en

los partidos políticos y otras instituciones. Se trataba de actividades de formación y discusión que sumaban mujeres al feminismo en paralelo a la búsqueda de estrategias para acabar con la dictadura.

La consigna “democracia en el país y en la casa” que enarbolábamos las feministas se asentó en la valerosa acción colectiva de mujeres afectadas directamente por la barbarie militar ejercida principalmente sobre sus familiares. Por ello, al sumarnos a las luchas por recuperar la democracia ya había un tejido de organizaciones que precedían al resurgimiento del feminismo: de Derechos Humanos, de Detenidos Desaparecidos, mujeres de las Ollas Comunes, Coordinadora Sindical y sus Departamentos Femeninos, organizaciones de Pobladoras, entre otras.

Solían haber desacuerdos en especial con el mundo sindical que pugnaba por la unidad de clase y no por privilegiar problemas secundarios como la opresión de las mujeres, diferencias con mujeres de partidos políticos no obstante, pese a ello, se logró armar grandes manifestaciones contra la dictadura y por la recuperación de la democracia a lo cual se sumaban de manera creciente más y más organizaciones sociales y políticas.

En suma, si el Círculo funcionaba en forma de anillos hacia adentro, como una “escuela de feminismo” que develaba la opresión de las mujeres en un horizonte emancipador y lo hacía hacia afuera vinculándose con distintas organizaciones de mujeres para enfrentar la dictadura y buscar caminos de retorno a la democracia.

El “caupolicanazo”

El año 1983(6), año en que adquieren presencia pública numerosos actos de protesta contra la dictadura, el Círculo celebró sus 4 años de vida pero además ese mismo año ocurrían acontecimientos que modificarían el accionar de esta segunda ola feminista.

En diciembre de ese año el clérigo jesuita Renato Poblete, director de la Academia de Humanismo Cristiano, nos expulsó por los contenidos de nuestros boletines tocantes a temas como el divorcio, el aborto, sexo, sexualidades...

Ese año se conformaron dos organismos de mujeres coordinadores de actividades en torno a la recuperación de la democracia que contribuyeron a organizar un masivo acto en el teatro Caupolicán a fines de 1983: el MEMCH 83 y Mujeres por la vida. El Caupolicán convocó a numerosas organizaciones de mujeres, se habló de unas 10.000 mujeres.

El año 1983 fue un año de numerosas protestas contra la dictadura en especial las organizadas desde el mundo sindical.

El año siguiente, 1984, dio lugar, a raíz de la expulsión del Círculo de la Academia de Humanismo Cristiano a su disolución y a la formación de la Casa de la Mujer La Morada(7) y al Centro de Estudios de la Mujer, CEM9.

La Morada se perfiló, hasta hoy, orientada a la militancia feminista mientras el CEM se orientó, hasta hoy, a los estudios de la mujer y de las relaciones sociales de género. Otros Centros feministas sucedieron al CEM y La Morada, entre ellos el Instituto de la Mujer y años más tarde Humanas.

Este conjunto de organizaciones feministas más otras, contribuyeron a la presencia del feminismo en la Asamblea de la Civilidad del año 1986 junto a otros movimientos sociales que protagonizaron la lucha por la recuperación de la democracia. En esta ocasión las organizaciones de mujeres entregaron a la Asamblea de la Civilidad el Pliego de las Mujeres(9).

Entre 1983 y 1986 crecían las protestas, los actos masivos, huelgas, contra la dictadura y los partidos políticos recuperaban terreno en este proceso. El atentado en contra Pinochet el mismo año 1986 volvió a acentuar la represión sobre la sociedad.

No obstante, el último 8 de marzo en dictadura logro realizar un masivo acto de mujeres en el Estadio Santa Laura(10)

culminando con años de resistencia y protesta que marcaron la década de los ochenta.

El nuevo orden democrático y las mujeres

La nueva democracia llegó dotada de un programa en que las mujeres políticas tienen un significativo lugar. Este aparece amputado de palabras como divorcio, aborto y así en adelante. Véase *Tramas para un nuevo destino. Propuestas de la Concertación de Mujeres por la Democracia*(11).

Se consensuó un vocabulario con mujeres de un amplio espectro político no obstante en años de la transición se llevaron a cabo reformas legales significativas para el campo feminista entre las cuales: ley de ganancias en el matrimonio, ley de Filiación, dos leyes de violencia intrafamiliar, ley de divorcio, aborto, medidas como el acceso al uso de la píldora del día después, entre otras. Muchas de estas reformas se lograron por la presión ejercida por grupos y organizaciones feministas entre las cuales, la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres más tarde el Observatorio de Género y Equidad, con menor gravitación pública no obstante frente al freno de medidas y leyes por parte de la derecha, las feministas volvieron a las calles.

El contexto de debate y promulgación de muchas de estas leyes fue de persistente oposición de los sectores conservadores y de las iglesias, especialmente católica. En los albores de la IV Conferencia Mundial de la Mujer (1994) surgen ONGs vinculadas al campo católico como Chile Unido que acompañan la campaña contra el uso del concepto de género, se oponen a la educación sexual en escuelas y liceos, al divorcio y con mayor fuerza se oponen a todo lo que concierne la salud reproductiva de las mujeres.

Del lado gubernamental si bien tal vez no hubo los “silencios” del período del Frente Popular a la Unidad Popular hubo procesos producidos por la institucionalización de “la cuestión de la mujer” que no necesariamente contribuyeron a

avances más sustantivos aparte lo realizado en reformas legales que no fue menor.

Entre ellos, un significativo olvido en el campo educativo, de formación ciudadana, de educación sexual y en fin de educación no sexista en que la disputa por los contenidos se la ganó el mundo conservador mediante el freno a nuevos contenidos curriculares no solo en educación sexual sino en la inclusión de materias que tocaban la historia reciente del país y, en particular, el debilitamiento o desaparición de la educación cívica.

Se crearon instrumentos y estrategias “con perspectiva de género” dirigidas hacia el interior del aparato de Estado (retomadas por otras instituciones, universidades, etc.) que no necesariamente llevaron a establecer escenarios de apuestas feministas ni de estrategias antipatriarcales sino se dirigieron a modular nuevas formas y orientaciones de las políticas públicas donde probablemente el género - categoría de análisis y de fundamento a la desigualdad por razones de sexo -, oscureció el carácter emancipador de las apuestas feministas(12). Las palabras importan decía Julieta Kirwood y “la categoría género” para lograr un nuevo status y lugares de igualdad de las mujeres pudo contribuir a una autoclausura del movimiento”(13) y a la limitada comprensión de que se buscaba incidir en la subordinación de las mujeres en la sociedad. No suena igual establecer “políticas emancipatorias” que políticas de “género”.

Estrategia de la paridad

Otro elemento del período sujeto a preguntas en relación al camino de emancipación y liberación de las mujeres es el asunto del “empoderamiento”. Es posible que esta idea que apunta al cambio de actitud del sujeto haya contribuido al individualismo, diferenciando clases sociales, etnias, razas, por ganar un lugar sin medir las consecuencias de lo que esta estrategia tiene sobre los colectivos de mujeres, de todas las mujeres. Una crítica a este concepto-estrategia aparece en “La justicia feminista al borde del tiempo”(14) donde se sostiene que “La alternativa del

‘empoderamiento’ como salida a la condición de víctimas también es un nudo que requiere de revisiones críticas” ya que “el llamado a empoderarse se plantea como un paradigma de individuación”(15). Autoras citadas en este texto señalan que “el mito del empoderamiento”... “despoltiza los procesos de toma de conciencia feminista al abordar las tensiones entre raza, clase, género desde perspectivas individualizantes”(16).

De otra parte al parecer aún no hay análisis sobre la estrategia de la paridad en el sentido de que si bien es una medida democratizadora en el acceso al poder de las mujeres, no sabemos cuánto impacta un cambio de estatus personal en el sistema político, en instituciones universitarias y otras, con respecto a más mujeres en cargos de poder con relación a los procesos de emancipación y liberación de las mujeres, de todas las mujeres. ¿En qué grupos sociales es efectiva la paridad? Al parecer en los grupos medios y altos en mayor medida que en el resto de la población.

Un fuerte impulso se dio al ingreso de las mujeres al mercado de trabajo en pos del logro de su autonomía económica y como dispositivo de combate a la pobreza. Este discurso oficial se hermana con necesidades de las empresas de sumar mujeres a un mercado laboral de fuerza de trabajo barata, temporal, informal. Surge el grupo Comunidad Mujer, acorde con la política de participación laboral de las mujeres. No obstante esta política de participación laboral, poco se hizo en relación a los derechos laborales de las mujeres. Aumentó la participación laboral femenina incluyendo sectores desfavorecidos para “frenar los índices de pobreza de los hogares” sin cambios en los derechos laborales lo que se expresa en una fuerte precarización del empleo.

En este contexto, ONGs de raíz feminista colaboraron con los gobiernos de la Concertación para afinar la institucionalidad del SERNAM -Servicio Nacional de la Mujer-, poner en práctica la Plataforma de Acción emanada de la IV Conferencia Mundial de la Mujer, crear e implementar el Plan de Igualdad de opor-

tunidades para las mujeres, realizar estudios y consultorías en favor de las nuevas políticas públicas “de género” mientras otras privilegiaron los vínculos con la sociedad, respaldando el apoyo a reformas legales, realizando estudios y desde estos espacios surgieron los Programas de Género en Universidades, especialmente los de la Universidad de Chile.

Protagonismo desde abajo

Desde distintos ámbitos se contribuyó a llevar adelante las políticas no discriminatorias por razones de sexo en los sinuosos caminos antipatriarcales de este período. No obstante, en los años 2000 la calle estuvo más desierta del movimiento de mujeres y del feminismo y más poblada por el movimiento estudiantil.

La institucionalización de la “cuestión de la mujer” se inscribe en el “feminismo liberal”(17) que avanza en el reconocimiento pero no en la redistribución y representación sabiendo que también, la idea de “igualdad de oportunidades” no ha sido para todas las mujeres.

Sin embargo frente a un panorama de esta naturaleza y más allá de lo ganado por las mujeres en el aparato de Estado, en el mundo académico, en los partidos políticos y en el campo empresarial, la sociedad tuvo una enorme porosidad para incorporar las ideas del feminismo. Es así que esta “igualdad de oportunidades” logradas por sectores medios y altos se tradujo en una enorme cantidad de iniciativas en la sociedad que instaló “por abajo” nuevos lugares para la afirmación de las mujeres como sujetos de derechos. La gran cantidad de iniciativas populares de base barrial y gremial, expresadas en “casas” de la mujer como la Casa Yela, la Casa Sofía, la Casa de la Mujer Huamachuco y tantas más crecieron al alero de la expansión de las ideas emancipadoras y de resistencia de las mujeres.

Esa gran porosidad de la sociedad y de grandes cantidades de mujeres involucradas en un proceso emancipatorio dotándose de herramientas y dispositivos de afirmación como sujetos colectivos se hizo visible en este período de institucio-

nalización de la “cuestión de la mujer” con sus raíces en las iniciativas de resistencia popular bajo la dictadura.

Un ejemplo cercano(18) es la creación de la Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas –ANAMURI- que, el año 1998 cuando una treintena de mujeres campesinas, temporeras, artesanas, decidieron abandonar los Departamentos Femeninos de las grandes Confederaciones Sindicales Campesinas que acompañaron a la Reforma Agraria de los años sesenta y setenta. ANAMURI en sus 25 años de vida incorporó en sus luchas a indígenas, a mujeres afro-descendientes, reclamando derechos laborales y el freno a la erosión de la soberanía alimentaria y del extractivismo que asalta el territorio. Insertas en una red latinoamericana y mundial de mujeres del campo se reclaman del feminismo popular.

Sucede a esta fase de “feminismo institucional” post dictadura, las luchas contra los abusos y los olvidos y tiempos de rebeldías feministas. Emerge con fuerza en la calle y en universidades un nuevo grupo étéreo de mujeres y disidencias sexuales con las banderas feministas que interpelan a las instituciones educativas por la cultura androcéntrica, por el acoso sexual, por el sexismo en la educación. El otoño feminista(19) contra los abusos figura entre las manifestaciones más masivas de mujeres en las calles desde el fin de la dictadura.

El tiempo presente de retracción del movimiento feminista y de avance de las corrientes de restauración conservadora para recuperar las buenas prácticas patriarcales espera que las calles vuelvan a estar pobladas por las mujeres, por todas las mujeres como señal de la continuidad de las luchas por la emancipación inscrita en la historia del feminismo. ■

1. Bell hooks (2023), *El feminismo es para todo el mundo*, Argentina, Traficantes de sueños.
2. Norbert Elias (1998) *El cambiante equilibrio de poder entre los sexos en La civilización de los padres y otros ensayos*, Bogotá, EUN/Norma. 199-248..
3. Nos referimos a las propuestas en el actual debate constitucional del Partido Republicano, la Unión Demócrata Independiente.
4. Aparte el Círculo en la Academia de Humanismo Cristiano se alojaban muchas otras ONGs buscando poder existir en dictadura bajo la protección de la iglesia.
5. Sociólogas y economistas principalmente, una antropóloga, una geógrafa, una periodista.

6. A fines de 1981 formamos al interior del Círculo, el PEMCI, Programa de Estudios y capacitación de la Mujer Campesina e Indígenas y comenzamos a realizar actividades fuera de la ciudad. Salimos de Santiago para realizar un trabajo de investigación buscando comprender cómo había incidido una de las políticas más importantes del siglo XX, la Reforma Agraria de Frei y Allende, en las mujeres del campo y en las mujeres rurales e indígenas. Rrealizamos escatando las percepciones de las mujeres, casi medio centenar de historias y relatos de vida entre las cercanías de San Pedro de Atacama y la isla de Chiloé. Entrevistamos a indígenas, inquilinas y campesinas del sector reformado de la zona central, a mujeres que vivían al sur cerca de las nacientes plantaciones forestales, a comuneras y a inmigrantes a la ciudad mapuche, a chilotas, a las nacientes temporeras. Ello culminó en la publicación del libro "Historias Testimoniales de Mujeres del Campo" (que les fue entregado a las entrevistadas) y el comienzo de una labor orientada a la capacitación en clave feminista de núcleos de mujeres en la zona central y la Araucanía. En alianza con ONGs del norte y el sur del país, esta labor se extendió al altiplano de Tarapacá y la isla de Chiloé. En los años ochenta avanzamos en la creación de una Cooperativa Campesina de artesanas/os, en la formulación de una Escuela de Mujeres que acogió a un número importante de mujeres del campo y la creación de la Casa de la Mujer Mapuche en Temuco todo ello al alero del CEM, Centro de Estudios de la Mujer y desde los años noventa hasta ahora, en el CEDEM nos vinculamos con los Departamentos Femeninos de las Confederaciones Campesinas Ranquil y Nehuén y asistimos a la salida en 1997 de las dirigentes de las Confederaciones Campesinas para formar la Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas, ANAMURI con quienes hemos colaborado desde esos años.
7. La Morada. Organización no gubernamental (ONG). Corporación de Desarrollo de la Mujer La Morada, espacio feminista de pensamiento, acción y articulación política.
8. Centro de Estudios de la Mujer fundado por un grupo de investigadoras en ciencias sociales y económicas. Varias de ellas crearon en 1978 el Círculo de la Mujer.
9. Teresa Valdés, Las mujeres y la dictadura militar en Chile. FLACSO, Santiago 1987, pág. 39 y ss.
10. El 8 de marzo de 1989, las mujeres de agrupaciones políticas, culturales, sociales, artísticas, sindicales, feministas, poblacionales, etc., ocuparon el Estadio Santa Laura con cerca de 30.000 mujeres para realizar la última celebración del Día Internacional de la Mujer en dictadura bajo la consigna 'La Democracia va, si la Mujer está'.
11. Sonia Montecino y Josefina Rossetti editoras, imprenta Arancibia, junio 1990.
12. Agnes Heller y Ferenc Fehér. (1994) El péndulo de la modernidad. Una lectura de la era moderna después de la caída del comunismo, Barcelona, Ediciones Península.
13. Op. Cit.,: 176.
14. Sofía Ester Brito y María Ignacia Ibarra (2013) en Justicia feminista al borde del tiempo. Experiencias comunitarias y sentipensamientos antipunitivistas, Santiago, LOM.
15. Op. Cit.,: 20-21.
16. Ídem.
17. Nancy Fraser (2015) Fortunas del feminismo, Madrid, Traficantes de sueños.
18. Véase nota 10.
19. Mayo feminista. La rebelión contra el patriarcado (2018), Varias autoras, Faride Zerán editora, Santiago, LOM.

Juez Garzón relata cómo arrestó a Pinochet

En el ojo del huracán

por Baltasar Garzón Real*

Para ser exactos con la historia, he de decir que la causa judicial que obligó al general chileno Augusto Pinochet a enfrentarse a la justicia por sus crímenes, tiene como precedente inmediato la causa de las Juntas Militares de Argentina. Guardando el rigor y fidelidad históricos, todo comenzó el 24 de marzo de 1996, fecha en la que se conmemoraban veinte años del Golpe de estado cívico militar en Argentina. Después del juicio a las juntas de 1985, Argentina vivía en un clima de impunidad generalizada, gracias a las leyes de Punto Final (1986) y Obediencia Debida (1987), así como a los indultos generales otorgados por el presidente Carlos Menem. Los jefes de las juntas estaban en libertad, e incluso algunos se mantenían activos en política (como si nada hubiera pasado), mientras otros oficiales y suboficiales se burlaban de las víctimas y llegaron a jactarse de sus crímenes y a hablar libremente de ellos en televisión, como lo hiciera el capitán Adolfo Scilingo.

Frente a esta situación, la Unión Progresista de Fiscales de España (UPF) decidió presentar una denuncia por los crímenes cometidos en la dictadura argentina ante la Audiencia Nacional española. El sistema de reparto quiso que la misma recayera en el Juzgado Central de Instrucción número 5 de la Audiencia Nacional, del que yo era titular entonces. La denuncia invocaba el principio de Jurisdicción Universal que, dado el tenor literal del artículo 23.4 de la Ley Orgánica del Poder

* Jurista. Artículo escrito para la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*, septiembre 2023.

Judicial (LOPJ) de España de 1985, era amplio, puro, sin restricciones ni exigencias adicionales más que la configuración de los delitos enlistados en la norma. El 28 de marzo de 1996, dicté el auto de admisión por presuntos delitos de genocidio, terrorismo y torturas.

En la misma línea, en el verano de ese mismo año, el 4 de julio de 1996, de nuevo la asociación de fiscales progresistas (UPF), interpuso una denuncia en contra de los miembros de la Junta Militar chilena. En esta ocasión, fue el Juzgado Central de Instrucción nº 6 el encargado de tramitarla, aceptando la competencia el 8 de julio de 1996.

Recuerdo que, por entonces, solo el diario catalán *La Vanguardia* se hizo eco del tema. La reacción generalizada del espectro político y de la opinión pública fue de escepticismo e incluso de desprecio. Al frente del Gobierno se encontraba en aquel tiempo el presidente José María Aznar, que, inicialmente, se mantuvo distante. Pronto, según los casos iban avanzando, el Ejecutivo se dio cuenta de que algo sin precedentes estaba sucediendo, que daba esperanzas a las víctimas e incomodaba al poder, por lo que no escatimaron esfuerzos en detenerlo, con acciones y omisiones que contradecían el más mínimo sentido de la decencia.

Mirando hoy hacia atrás, aquellos tiempos no dejan de sorprenderme. Cuando el general Pinochet rompió la legalidad y derrocó por la vía violenta al gobierno democráticamente elegido de Salvador Allende, yo estudiaba Derecho en la Universidad de Sevilla. Era el año 1973 y en España vivíamos bajo la dictadura encabezada por Francisco Franco. Apenas conocida la noticia del Golpe de Estado en Chile, las protestas en España no se hicieron esperar. Un sentimiento de solidaridad brotó por los campus universitarios españoles por aquel infame atentado contra la libertad de Chile, que fue severamente reprimido por la policía franquista. Hoy, 50 años después, sigue siendo uno de los ataques más miserables, como lo fue el de Franco en 1936, contra el pueblo y la libertad democrática,

que dieron paso a años de obscuridad y violación sistemática de los derechos humanos.

El franquismo respalda a Pinochet

En su primera página del 13 de septiembre de 1973, el diario ABC, adepto al régimen, publicaba una foto de militares chilenos empuñando sus armas frente a la sede del Gobierno. Sobre ella se leía el titular “A tiempo”. El texto de esa primera página decía así: “La atención del mundo vive pendiente de Chile. En la imagen de nuestra portada, los soldados en el momento de tomar el Palacio de la Moneda, sede de la Presidencia, consumando así el golpe de Estado. Golpe de Estado que ha frenado a tiempo el inevitable deslizamiento del país desde la anarquía y el caos a la dictadura marxista. La vía al socialismo de Allende ha terminado entre el fango, la sangre y la tragedia”. En la tercera página, el autor del artículo decía: “Triste sino para un hombre honesto que amaba fervientemente a su patria y equivocó el camino para servirla...”

Nunca imaginé que 25 años más tarde firmaría la orden de detención para que Scotland Yard entrara en la clínica de Londres y arrestara a Pinochet. Fue posible gracias a las víctimas de la dictadura, que fueron denunciando desapariciones, asesinatos y torturas, frente a todas las adversidades.

El patio trasero de EEUU

En los años setenta y ochenta, la Justicia fue cómplice del horror en Chile y Argentina, y también en otros países de la región, como lo sigue siendo en otros tantos en nuestros días. La dictadura de Augusto Pinochet, afín a la de Francisco Franco en España, formó parte del diseño de un sórdido plan de eliminación, secuestro y desaparición de oponentes políticos en el Cono Sur americano. El denominador común era el terror y la barbarie militar que seguían la doctrina de la Seguridad Nacional impulsada desde Estados Unidos, bajo el mando de Richard Nixon y Henry Kissinger y que se saldó con un altísimo

coste en vidas humanas. El punto más álgido fue la Operación Cóndor, aquella cooperación entre organismos represivos de Sudamérica (Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, Bolivia y Paraguay), para hacer más eficiente la labor de exterminio de sus víctimas, más allá de sus fronteras.

Los fiscales

Una vez iniciadas las investigaciones, en el caso Argentina, los fiscales siempre estuvieron en contra de la jurisdicción y la competencia españolas, por lo cual todas mis decisiones estaban pendientes (por más de dos años), de la Sala Penal de la Audiencia Nacional; mientras que en el caso de Chile, el fiscal Javier Balaguer informó favorablemente respecto de la competencia española para investigar y enjuiciar los crímenes cometidos a las ordenes de Pinochet. El Partido Popular había ganado las elecciones en marzo de 1996 y el flamante Gobierno de José María Aznar todavía no había resuelto los cambios en la Fiscalía General del Estado, cuyo titular era Carlos Granados. Ni Granados, ni los fiscales de Sala creían en la competencia de España en este tema, pero ya que Granados estaba a punto de ser cesado y, como quien no quiere la cosa, dio vía libre para que Balaguer actuara conforme a su parecer y saber.

Los cambios vinieron pronto. En mayo de 1997 tomó posesión como fiscal jefe, Eduardo Fungairiño, lo que implicó una «declaración de guerra» a los casos de Argentina y Chile y a la aplicación del principio de Jurisdicción Universal. El 2 de octubre, Fungairiño elaboró un informe en el que, además de señalar que España carecía de Jurisdicción, tildaba al Gobierno constitucional de Salvador Allende como un «régimen» y subrayaba que los golpes militares en ambos países solo habían supuesto la interrupción «temporal» del orden constitucional. El fiscal jefe declaró a finales de ese mes a El Mercurio —un diario chileno que en 1970 recibió apoyo financiero de la CIA para desestabilizar el Gobierno de Allende— que España care-

cía de jurisdicción. El fiscal general del Estado, Jesús Cardenal, le apoyó. En síntesis, las investigaciones tendrían que hacerse con la Fiscalía, también en este caso, en contra.

Orden de detención

El proceso contra Pinochet, como el de la dictadura argentina, se convirtió en un asunto de alcance mundial: centenares de víctimas acudieron a Madrid, desde Chile, Argentina y otros países, para aportar sus datos y declarar ante el juez García Castellón, por el caso de Chile, o ante mí, por el caso de Argentina. La investigación de Chile se vio reforzada por la querrela criminal interpuesta por la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos de Chile y la Fundación Presidente Allende, de la mano del abogado español Joan Garcés. Yo, por mi parte, desgajé del sumario sobre los crímenes de la dictadura argentina, lo referido al Operativo (Plan) Cóndor formando así una pieza separada, en cuyo marco envié una comisión rogatoria a Estados Unidos para investigar en los archivos norteamericanos todo dato que permitiera incriminar a los responsables de asesinatos y desapariciones en los países afectados.

Como ven, el proceso fue complejo y con muchos factores en contra. Cada paso debía estar impecablemente fundamentado en derecho para evitar que los amigos del dictador, que eran muchos y estaban bien enraizados en el entorno del Gobierno español, no acabaran con el caso.

En torno al día 13 de octubre de 1998 concedí audiencia al abogado Joan Garcés, en la que me informó de que Augusto Pinochet se encontraba en una clínica de Londres, sometándose a una intervención quirúrgica, situación que podría ser aprovechada para enviar una “comisión rogatoria” a fin de que le fuera tomada una declaración. Le recordé a Garcés que la causa de Chile estaba en el juzgado nº 6, a cargo de mi colega, el juez García Castellón. Con su habitual y exquisita formalidad, Joan Garcés respondió: “Ya sabe que es difícil que su

compañero lo acuerde y se perdería la oportunidad”. Entonces le pregunté: “Pero ¿tenemos margen para practicar esa diligencia?” Y como si lo tuviera todo pensado, Joan Garcés remató: “Tiene usted la pieza separada sobre el Plan Cóndor”.

El desafío

Acepté el desafío en el entendido de que se trataba tan solo de cursar una comisión rogatoria para un interrogatorio, pero a condición de que la misma petición fuera presentada ante el Juzgado Central de Instrucción nº 6. Así fue. Poco después Garcés informó a los medios de que el juez español García Castellón estaba preparando una comisión rogatoria dirigida a las autoridades judiciales británicas competentes para tomar declaración a Augusto Pinochet. La noticia se difundió con rapidez. Afortunadamente, no trascendió que yo estaba ejecutando una diligencia similar, lo que me permitió actuar con sigilo y sin la presión de la prensa.

Mis investigaciones fueron discretas para no alertar a Pinochet. A través de Interpol, la policía británica me informó de que Pinochet estaba en la clínica. Yo pensaba trasladarme a Londres y tomarle declaración, pero todo cambió cuando supe que pensaba dejar Londres el sábado 17 de octubre. Me avisó Scotland Yard: “no venga, porque este señor dice que se va”.

La única posibilidad era emitir la orden de arresto. Era viernes, a las dos de la tarde, solo quedaba un funcionario en el juzgado, le pedí que no se fuera, aun, porque tendría que transcribir una resolución. El funcionario se quedó perplejo cuando leyó la minuta que le pasé y me dijo: “¿está usted seguro?”. Le contesté: “usted redáctelo y guarde silencio”. En ese momento, hice lo que debía hacer. Cualquier otra opción habría sido traicionar a las víctimas.

Fue una carrera contra reloj. El presidente Aznar supo que el arresto era cosa hecha cuando se encontraba en vuelo hacia Oporto para una reunión de la cumbre de jefes de Estado y de Gobierno de países iberoamericanos

Fin de la impunidad

Y vaya que resultó complicado. Una vez detenido Pinochet, mi colega del Juzgado Central de Instrucción nº 6, el juez Manuel García Castellón, a cargo de la causa sobre Chile, dictó un auto mediante el cual se inhibía del procedimiento en favor mío, para su correspondiente acumulación. Ahora toda la responsabilidad pesaba sobre mis hombros. La Fiscalía se opuso a rajatabla y apeló de todo para entorpecer la extradición. La Sala Penal de la Audiencia Nacional confirmó por unanimidad el 4 de noviembre, la jurisdicción española. Por fin teníamos una decisión en firme que me permitiría seguir adelante. En la tramitación de la extradición fue cooptada la relación directa que tenía con la Policía Británica y con el Crown Prosecution Service. Pese a las dificultades en España y en el Reino Unido, quedó judicialmente establecido que la inmunidad que protege a un Jefe de Estado abarca solamente las acciones u omisiones vinculadas al desempeño de sus funciones, las que no podían incluir en ninguna circunstancia conductas como aquellas por las que se le estaba acusando a Pinochet. La primera resolución fue anulada y vino una segunda que redujo enormemente los casos por los cuales se podría hacer lugar a la extradición, pero gracias al esfuerzo de las víctimas, esos casos se ampliaron enormemente hacia el final del proceso. La justicia británica sentó en el banquillo de los acusados a Pinochet y judicialmente su extradición fue autorizada.

Si Pinochet no fue extraditado a España para ser juzgado, fue únicamente por las interferencias políticas provenientes de los gobiernos chileno, español y británico, incluida Margaret Thatcher. Después de 503 días de arresto domiciliario en el Reino Unido, el 3 de marzo de 2000, el ministro de Interior británico Jack Straw, del gobierno laborista de Tony Blair, concedió el regreso de Pinochet a su país por motivos humanitarios. El dictador llegó hasta el avión en silla de ruedas, pero bajó del aparato y recorrió la pista caminando sin ayuda, como si nada le ocurriera. Pero algo había cambiado. Pinochet ya no

era un intocable, un ser todopoderoso que está por sobre la ley. Pinochet no había enfrentado a la justicia, la había esquivado amparándose en motivos médicos de dudosa credibilidad. Pinochet había guardado silencio y no pronunció palabra alguna defendiendo sus ideas y convicciones, o la necesidad de hacer todo lo que hizo. Pinochet no sólo había participado presuntamente ordenando la desaparición y asesinato de miles de personas, sino que, también se había enriquecido a costa de su país y había ocultado su fortuna bajo nombre falso como cualquier otro delincuente.

Como juez, cumplí con mi deber, y creo que es justo que se sepa que no fui el único. Hubo otros pedidos de extradición provenientes de Francia, Suiza y Bélgica. Ninguno de éstos, como tampoco el de España, fueron atendidos por las apuntadas razones médicas, que demostré que eran falsas con siete informes médicos coincidentes.

Una vez en Chile, el relevo lo tomó el juez Juan Guzmán Tapia, quien consiguió que la Corte de Apelaciones de Santiago retirara la inmunidad parlamentaria de Pinochet, lo que llevó a que se acumularan las causas en Chile y en Argentina. El dictador de Chile fue sometido a proceso por el juez Guzmán por las víctimas de la Caravana de la Muerte, como encubridor por los 75 crímenes cometidos en 1973, y se decretó su arresto domiciliario. Finalmente, el 9 de julio de 2001 la justicia chilena sobreseyó temporalmente el proceso contra el dictador mientras se viera afectado por demencia vascular. Una vez más, Pinochet se escabullía de la justicia, incapaz de decir palabra alguna en defensa de su supuesto legado. Así se mantuvo hasta encontrar su muerte un día 10 de diciembre de 2006, curiosamente, día internacional de los derechos humanos.

Cuando se adopta una decisión judicial compleja, generalmente estás advertido de lo que puede ocurrir pero cuando uno es un juez sólo te concentras en lo que se debe hacer, sin preocuparte de cómo eso te pueda afectar. Así es como creo que se puede alcanzar la justicia. Por eso, ahora que se con-

memoran cincuenta años del Golpe de Estado en Chile, miro esta concatenación de hechos que viví en primera persona, y mi sensación es como si hubiese estado en un lugar tranquilo desde donde veía lo que ocurría a mi alrededor, consciente de lo que sucedía y podía llegar a suceder, como si hubiese estado inmerso en el ojo del huracán. ■

Libros publicados por la Editorial Aún Creemos en los Sueños

Dilemas y desafíos de la educación chilena
Desafíos Sindicales
Cine
China
Reflexiones
50 años del golpe
Recuperando la esperanza
Palestina Israel
Universidades públicas
Trabajo municipal
Seguridad pública
Niñez migrante
Debate sobre la educación en Chile
Escritos antes de gobernar
Temporeras y temporeros
La nueva cuestión agraria
Mujeres Constituyentes
Vivienda digna
Carabineros y fuerzas armadas
Redes sociales y medios de comunicación
La Rusia de Putin
Evangélicos
Justicia Fiscal
El futuro será verde
Luis Sepúlveda, últimos textos
La violencia y la lucha social
La rebelión chilena
Corrupción
Wallmapu colonizado
¿Cómo enfrentamos el cambio climático?
El futuro del trabajo
La escuela en tiempos de migración
Crisis en la Iglesia católica chilena
Chalecos amarillos. Sublevación en Francia
Blanco y negro muy negro de Guillermo Nuñez
Derechos de los animales
Medioambiente y desarrollo
Revolución feminista
Datos históricos sobre la Democracia Cristiana
Noam Chomsky. Cinco entrevistas
Inmigrantes y refugiados
Federica Matta. Manifiesto de autoeducación artística
La resistencia zapatista
Reforma agraria
El derecho a la rebelión
El viaje de los imaginarios en 31 días por Federica Matta
Democratizar las comunicaciones
A cambiar el modelo
Que la audacia cambie de lado Serge Halimi
Videojuegos
Jacques Derrida
Le Monde Diplomatique. Más que un periódico



Libros en venta en librerías y en Le Monde Diplomatique, San Antonio 434, Santiago
Teléfono (56) 22 608 3524 - Por internet en www.editorialauncreemos.cl

Este libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2023
Gráfica LOM, Concha y Toro 29 - Santiago centro - Chile

1973

2023



Dignidad

50

AÑOS

JUSTICIA

CON

MEMORIA

ALLENDE

EN EL

CORAZÓN

MONDE DIPLOMATIQUE

FEDERICA MATTÀ



9 789563 402063 >